



Cédille. Revista de Estudios Franceses

E-ISSN: 1699-4949

revista.cedille@gmail.com

Asociación de Francesistas de la Universidad
Española
España

López Mújica, Montserrat

La esperanza de Jean Giono. Una lectura ecocrítica de su relato L'homme qui plantait des arbres

Cédille. Revista de Estudios Franceses, núm. 4, abril, 2008, pp. 151-161

Asociación de Francesistas de la Universidad Española

Tenerife, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=80800411>

► Comment citer

► Numéro complet

► Plus d'informations de cet article

► Site Web du journal dans redalyc.org

redalyc.org

Système d'Information Scientifique

Réseau de revues scientifiques de l'Amérique latine, les Caraïbes, l'Espagne et le Portugal

Projet académique sans but lucratif, développé sous l'initiative pour l'accès ouverte

La esperanza de Jean Giono. Una lectura ecocrítica de su relato *L'homme qui plantait des arbres*

Montserrat López Mújica

UNED

mlopezm@madrid.uned.es

Résumé

La littérature peut-elle contribuer d'une certaine manière à la survie ou à l'extinction de l'homme? Comment peut-elle actuellement faire face à l'imminente menace d'une crise environnementale? De quels moyens dispose-t-elle? *L'homme qui plantait des arbres* est, sans aucun doute, l'une des œuvres littéraires qui a contribué et contribue à l'amélioration de l'environnement. Elle a été écrite en 1953 par Jean Giono (1895-1970), l'un des auteurs français les plus importants du XX^e siècle. Le but qu'il cherche, en plus d'inciter à planter des arbres qui vivent après notre décès «était de faire aimer l'arbre ou plus exactement faire aimer à planter des arbres ce qui est depuis toujours une de mes idées les plus chères».

Mots-clés: littérature francophone et française; écocritique; écologie; environnement; nature.

Abstract

To what extent can literature contribute to the survival or destruction of human kind? How can it be done at present? Since at present there seems a substantial threat of environmental crisis, what means are available to fight this back? *L'homme qui plantait des arbres*, without any doubt, one of the literary works which has contributed and still contributes to improve our environment. It was written in 1953 by Jean Giono (1895-1970) one of the most important French authors of the XX century. His aim being, as well as reforest, that such action prevails long before we are gone, «était de faire aimer l'arbre ou plus exactement faire aimer à planter des arbres ce qui est depuis toujours une de mes idées les plus chères».

Key words: french-speaking community; literature; ecocriticism; ecology; environment; nature.

¿Será verdad aquello de que los seres humanos somos las únicas «criaturas literarias» de la tierra? Si la creación de la literatura es una de las características más importantes de nuestra especie, entonces ¿no deberíamos analizarla con mucho cuidado para descubrir la influencia que tiene sobre nuestro comportamiento respecto al medio ambiente que nos rodea, para determinar qué papel fundamental juega en el bienestar del hombre y qué mirada mantiene en su relación con las demás especies y con el mundo natural?

¿Qué puede significar todo esto desde el punto de vista de la evolución y de la selección natural? ¿Puede la literatura contribuir de alguna manera a la supervivencia o a la extinción del hombre? Si la literatura forma parte de la estrategia evolutiva ¿puede orientarse conscientemente hacia esa evolución? Y, ¿cómo puede hacerlo en la actualidad, ahora que existe una inminente amenaza de crisis ambiental? ¿de qué medios dispone? En las respuestas a estas preguntas reside el desafío y el sentido de la ecocrítica¹.

Todos hemos tenido la ocasión de leer o escuchar titulares de prensa como estos: «La ONU lanza un proyecto para plantar 1.000 millones de árboles durante 2007» o «Plantar árboles es parte de la solución contra el calentamiento global». La primera idea surgió de la premio Nobel de la Paz en 2004, la dirigente ecologista de Kenia Wangari Maathai, fundadora de un movimiento que ha plantado más de 30 millones de árboles en 12 países africanos desde 1977; la segunda, del ex-vicepresidente de los Estados Unidos, Al Gore (Premio Príncipe de Asturias de la Comunicación 2007 y Premio Nobel de la Paz 2007), tan de moda en estos momentos. Son solo dos ejemplos de la divulgación que se está llevando a cabo respecto a la preservación del medio ambiente en nuestros días. Sin embargo, esto no es algo nuevo en Literatura.

Hace ya más de cincuenta años que dicho mensaje se escuchó a través de un pequeño relato literario. *L'homme qui plantait des arbres* es, sin duda alguna, una de las obras literarias que más ha contribuido y contribuye a la mejora del medio ambiente. Fue escrita en 1953 por Jean Giono (1895-1970), uno de los autores franceses más importantes del siglo XX. Toda la obra de Giono se inspira en su Provenza natal y refleja un gran amor por su tierra y, sobre todo, por la naturaleza, aceptándola tal como la vida nos la impone, e indignándose contra aquellos que la consideran una fuente de desgracias humanas. Este amor por el medio natural comienza a manifestarse en Giono en los primeros años de su vida, gracias a la enseñanza de su propio padre. Así nos lo cuenta en *Les Terrasses d'île d'Elbe*:

Mon père était cordonnier, je l'ai assez dit; il était pauvre. [...]

Bien entendu, nous n'avions pas de terre, pas des sous pour

¹ En su introducción a *The ecocriticism Reader*, Cheryll Glotfelty y Harold Fromm (1996) definen la ecocrítica como el estudio de las relaciones entre la literatura y el medio ambiente.

acheter des arbres à planter, et nous plantions joyeusement des arbres. Je dis nous, car j'avais six à sept ans et j'accompagnais mon père dans ses promenades. Il portait dans sa poche un petit sac qui contenait des glands.[...] A certains endroits des collines, sur quelques replats, devant une belle vue, dans des vallons près des fontaines, le long d'un sentier, mon père faisait un trou avec sa canne et enterrait un gland, ou deux, ou trois, ou cinq, ou plus, disposés en bosquets, en carrés ou en quinconces. C'était une joie sans égale: joie de le faire, joie d'imaginer la suite que la nature allait donner à ces gestes simples (Giono, 1976: 35-36).

Un encuentro con la naturaleza que continuará fomentando a lo largo de su existencia. Así lo recogen las palabras de Henri Fluchère (1980: 19), gran amigo del escritor:

Nous parcourions les collines qui entourent Manosque, suivions les chemins rocailleux, Mort d'Imbert et Pain de Sucre, volions des coings des fossiles, cueillions des plantes pour nos herbiers— bref, faisions allègrement connaissance avec la nature.

Giono se convierte así en portavoz de una literatura que preconiza un retorno a la tierra, a la vida rústica de esa apacible Provenza que conoce desde su infancia. Esta predilección de la vida rural frente a la vida urbana será su gran combate, una lucha que dirige contra la civilización técnica moderna y que anuncia, en cierto modo, la ecología. Su repertorio es amplio. Una novela como *Que ma joie demeure* (1935), o ensayos como *Les vraies richesses* (1936) y *Réfus d'obéissance* (1937) entusiasman a multitud de jóvenes lectores.

L'homme qui plantait des arbres es, curiosamente, una obra poco conocida en Francia, —contrariamente a lo que ocurre en el resto del mundo. El texto se pudo recuperar gracias a que la historia fue universalmente difundida y traducida a trece lenguas. Los intereses que manifiesta este pequeño y excepcional relato se reagrupan entorno a una pregunta «¿cuál es la persona más extraordinaria que usted ha conocido?». Cuando la revista americana *The Reader's Digest* pidió a Giono que escribiera unas páginas sobre un personaje real que fuera inolvidable, este escribió la historia *L'homme qui plantait des arbres*. Ese hombre era Elzéard Bouffier, un pastor y plantador de robles, un ser robusto, solitario y desinteresado, que dedica los treinta últimos años de su vida a reforestar una región de los Alpes que el abandono del hombre había transformado en desierto. Elzéard Bouffier tiene la firme convicción de que el país se muere por falta de árboles e intenta ponerle remedio. Con una serie de herramientas rudimentarias, pero con un gran saber ecológico, consiguió plantar

cientos de miles de árboles, convirtiendo una tierra yerma en un paraíso de vida, que llegó incluso a contar con la protección del Estado.

Pero ¿existió realmente Elzéard Bouffier? A todos nos gustaría creerlo una vez finalizada la lectura del relato. En diciembre de 1982 la revista *Harrowsmith* publicaba, con la autorización de Jean Giono, el texto íntegro de la película de Frédéric Back, leído por Philippe Noiret. Fueron numerosos los lectores que concluyeron que dicho personaje había existido, lo que incitó aún más a la reforestación del entorno. Una quebequense, la señora Beverley von Baeyer, se personó incluso en el pueblo perdido de Banon, para depositar flores en la tumba de Elzéard que, según Giono, había sido enterrado allí en 1947. Dos años más tarde relataba su peregrinaje en *Harrowsmith*. Fue en el ayuntamiento de Banon, tras una larga carrera en taxi hacia ese lugar perdido, cuando escuchó que Giono era un escritor más conocido en la región que Elzéard Bouffier. No se sintió por ello defraudada: Elzéard Bouffier, confesó, entraría a formar parte de la lista de sus héroes: Robin Hood, Hereward the Wake... Giono había transformado, sin saberlo, una fantasía en realidad; cuentan que otros peregrinos siguieron viniendo, sobre todo desde Alemania.

Esta fue una de las razones por las que Giono donó su obra a la Humanidad. Ya en su época, la editorial puso objeciones porque el personaje no era real. Este pequeño y ameno relato es conmovedor y consigue el propósito que pretendió su autor: plantar árboles². Desde entonces el libro ha inspirado multitud de proyectos de reforestación por todo el mundo. Jean Giono nos descubre con esta historia la generosidad de un hombre hacia la naturaleza y a través de ella hacia otros seres humanos. La sabiduría del saber esperar, la observación del entorno, la humildad, en resumen, esos valores necesarios y poco habituales en nuestra época que debemos recuperar

² Se añade aquí la carta que Giono escribió al *Conservateur des Eaux et Forêts de Digne*, Sr. Valdeyron, en 1957, a propósito de este relato :

Cher Monsieur,

*Navré de vous décevoir, mais Elzéard Bouffier est un personnage inventé. Le but était de faire aimer l'arbre ou plus exactement faire aimer à planter des arbres (ce qui est depuis toujours une de mes idées les plus chères). Or si j'en juge par le résultat, le but a été atteint par ce personnage imaginaire. Le texte que vous avez lu dans *Trees and Life* a été traduit en Danois, Finlandais, Suédois, Norvégien, Anglais, Allemand, Russe, Tchecoslovaque, Hongrois, Espagnol, Italien, Yddish, Polonais. J'ai donné mes droits gratuitement pour toutes les reproductions. Un américain est venu me voir dernièrement pour me demander l'autorisation de faire tirer ce texte à 100 000 exemplaires pour les répandre gratuitement en Amérique (ce que j'ai bien entendu accepté). L'Université de Zagreb en fait une traduction en yougoslave. C'est un de mes textes dont je suis le plus fier. Il ne me rapporte pas un centime et c'est pourquoi il accomplit ce pour quoi il a été écrit. J'aimerais vous rencontrer, s'il vous est possible, pour parler précisément de l'utilisation pratique de ce texte. Je crois qu'il est temps qu'on fasse une « politique de l'arbre » bien que le mot politique semble bien mal adapté.*

Très cordialement,

Jean Giono.

urgentemente. Su propósito, además de inspirar a plantar árboles que vivan tras nuestra muerte, «était de faire aimer l'arbre ou plus exactement faire aimer à planter des arbres ce qui est depuis toujours une de mes idées les plus chères». Pero sobre todo, pretende y consigue transmitir una valiosa idea, que formula expresamente al concluir:

Quand je réfléchis qu'un homme seul, réduit à ses simples ressources physiques et morales, a suffi pour faire surgir du désert ce pays de Canaan, je trouve que, malgré tout, la condition humaine est admirable. Mais, quand je fais le compte de tout ce qu'il a fallu de constance dans la grandeur d'âme et d'acharnement dans la générosité pour obtenir ce résultat, je suis pris d'un immense respect pour ce vieux paysan sans culture qui a su mener à bien cette oeuvre digne de Dieu (Giono, 1998: 52).

Una personalidad, sin lugar a dudas, *inoubliable*.

El árbol como símbolo

¿Por qué de entre todos los elementos naturales posibles Giono escogió el árbol? Si estudiamos detenidamente esta cuestión, nos damos cuenta enseguida, de que el árbol aglutina toda una serie de características que le han hecho único a lo largo de la historia. Es el símbolo por excelencia de la vida, y la vida es lo que trata el personaje de recuperar con su acción: plantando árboles reavivamos nuestro entorno. El árbol reagrupa en sí a todos los elementos de la naturaleza (el agua, el aire, la tierra y el fuego). Sus raíces se hunden en la tierra para atrapar y absorber el agua que se convertirá en savia. Sus ramas se elevan hacia el cielo siendo balanceadas constantemente por el viento, y su madera ha sido siempre el combustible más utilizado por el hombre.

Al hombre además, le ha gustado siempre identificarse con el árbol: por su forma vertical que recuerda a la de los seres humanos y por la savia que circula por sus ramas, que se asimila a nuestra sangre. Por sus raíces hundidas en la tierra y sus ramas alzadas hacia el cielo, el árbol aparece también muy a menudo como símbolo de unión entre Tierra y Cielo, es decir, entre los hombres y los dioses, entre lo visible y lo invisible, entre el caos primordial y el conocimiento. Y todo ello es aprovechado por Giono en su relato. La naturaleza tiene un efecto psicológico y moral sobre el carácter de los hombres. Así, nos lo hace saber, nada más comenzar el relato. El hombre es reflejo de la naturaleza que le rodea:

[...] je connaissais parfaitement le caractère des rares villages de cette région. Il y en a quatre ou cinq dispersés loin les uns des autres [...]. Ils sont habités par des bûcherons qui font du charbon de bois. Ce sont des endroits où l'on vit mal. Les familles serrées les unes contre les autres dans ce climat qui est d'une rudesse excessive, aussi bien l'été que l'hiver, exaspèrent

leur égoïsme en vase clos. L'ambition irraisonnée s'y démesure, dans le désir continu de s'échapper de cet endroit.

Les hommes vont porter leur charbon à la ville avec leurs camions, puis retournent. Les plus solides qualités craquent sous cette perpétuelle douche écossaise. Les femmes mijotent des rancœurs. Il y a concurrence sur tout, aussi bien pour la vente du charbon que pour le banc de l'église, pour les vertus qui se combattent entre elles, pour les vices qui se combattent entre eux et pour la mêlée générale des vices et des vertus, sans repos. Par là-dessus, le vent également sans repos irrite les nerfs. Il y a des épidémies de suicides et de nombreux cas de folies, presque toujours meurtrières (Giono, 1998: 14-16).

Veremos como a lo largo del relato la transformación del paisaje conllevará el cambio de carácter y de actitud en los habitantes de la zona. El árbol es el inicio de ese cambio, y como símbolo de conocimiento y de sabiduría, sirve para restablecer el orden. Con estas facultades contaba Giono cuando escribió este relato: su objetivo era que el hombre recuperase esa relación de equilibrio y de respeto hacia la naturaleza. El árbol es el vínculo apropiado para comenzar un nuevo futuro, en el que todos los seres podamos vivir en equilibrio en nuestra casa, que no es otra que la propia naturaleza. Desde 1953 hasta nuestros días, la concienciación por parte del hombre sobre la degradación de los bosques ha ido en aumento, aunque muy lentamente. El mensaje sigue siendo válido y aún persiste la esperanza.

Del árbol al agua

Aunque el árbol resulta ser en esta obra el símbolo por excelencia, no debemos olvidar que existen otros elementos importantes que irán surgiendo a medida que avanzamos en nuestra lectura: son el agua y el viento. En efecto, la repoblación forestal produce con el transcurrir de los años la aparición del agua y la modificación del viento.

Cuando Giono sitúa su historia en 1913, un año antes de declararse la Primera Guerra Mundial, elige una región que conoce a la perfección, la suya: «[...] je faisais une longue course à pied, sur des hauteurs absolument inconnues des touristes, dans cette très vieille région des Alpes qui pénètre en Provence» (Giono, 1998: 7).

La tierra que nos descubre Giono, al comenzar su paseo por la región es una tierra yerma, desprovista de vegetación, en la que solo crecen las lavandas silvestres. En este lugar inhóspito, el agua no ha podido proporcionar eclosión alguna. La desnudez del suelo, el abandono y desmantelamiento de los pueblos, el aspecto desértico del paisaje son testigos fieles de esta situación. Esa escasez de agua se hace pues patente desde las primeras líneas, y así nos lo hace saber el propio protagonista —«je n'avais plus d'eau depuis la veille et il me fallait en trouver» (Giono, 1998: 9). Su

primera parada la realiza junto a una aldea abandonada, allí espera encontrar el líquido precioso. Sin embargo: «Ces maisons agglomérées, quoique en ruine [...] me firent penser qu'il avait dû y avoir là, dans le temps, une fontaine ou un puits. Il y avait bien une fontaine, mais sèche (Giono, 1998: 9).

Podemos pensar que la falta de agua ha hecho huir a los antiguos habitantes del lugar, idea que se refuerza, cuando a continuación leemos: «Toute vie avait disparu» (Giono, 1998: 9). De todos los elementos de la naturaleza el agua es aquel que goza de mayor privilegio en su creación. Comprendió enseguida que sin agua no hay vida: «A cinq heures de marche de là, je n'avais toujours pas trouvé d'eau et rien ne pouvait me donner l'espoir d'en trouver. C'était partout la même sécheresse, les mêmes herbes ligneuses» (Giono, 1998: 10).

De pronto le parece ver una silueta a lejos. La comparación que realiza a continuación el escritor es del todo relevante y anuncia de manera muy sutil el tema del relato: «Je la pris pour le tronc d'un arbre solitaire» (Giono, 1998: 10). Esa primera imagen del pastor que nos muestra Giono no la elige al azar: el pastor se convierte así en lo que será más tarde la figura esencial del relato, el árbol. Gracias a ese hombre-tronco, Giono puede saciar su sed: «Il me fit boire à sa gourde et, un peu plus tard, il me conduisit à sa bergerie» (Giono, 1998: 11). Tampoco es por casualidad que la primera visión que Giono tenga al llegar allí sea la del pozo natural donde el pastor «tirait son eau— excellente» (Giono, 1998: 11). Agua y árbol, árbol y agua, este binomio será fundamental a lo largo del relato. Por eso explica: «Il avait jugé que ce pays se mourait par manque d'arbres. Il ajouta que, n'ayant pas d'occupations très importantes, il avait résolu de remédier à cet état de choses» (Giono, 1998: 22).

Su remedio era muy sencillo y consistía en plantar árboles. Para ello, cuidaba hasta el más pequeño de los detalles. Todas las noches antes de acostarse elegía con sumo cuidado las semillas, separando aquellas que no parecían muy saludables. Cuando tenía cien escogidas las guardaba en un saquito. Al día siguiente, antes de salir con su rebaño, mojaba «dans un seau le petit sac où il avait mis les glands soigneusement choisis et comptés» (Giono, 1998: 18). Y así, día tras día y sin descanso, nuestro pastor planta las semillas.

Años más tarde, Giono regresa al mismo lugar. Harto de tanta muerte y desolación, tras su participación en la Gran Guerra, decide respirar un poco de aire puro y se dirige de nuevo hacia las mismas tierras desiertas. Comienza así su largo paseo y, en un momento dado, recuerda a aquel pastor plantador de árboles. Testigo de tantas muertes, Giono está convencido de la desaparición de aquel buen hombre.

«Le pays n'avait pas changé» (Giono, 1998: 26). Sin embargo, al llegar a la antigua aldea abandonada: «j'aperçu dans le lointain une sorte de brouillard gris qui recouvrait les hauteurs comme un tapis» (Giono, 1998: 26) ¿No nos está sugiriendo con ello el inicio de una transformación? En efecto, los robles que el pastor había

plantado en 1910 tenían ya diez años y alcanzaban un espacio y una altura considerables. Elzéard Bouffier no había muerto. Ese «hombre-tronco» de años anteriores parecía incluso más robusto: «Il était même fort vert» (Giono, 1998: 27). Mientras los hombres han propagado la muerte y la desolación en el mundo, el pastor, indiferente a esas guerras, había continuado su árdua tarea, sembrando la vida a su alrededor.

Il avait suivi son idée, et les hêtres qui m'arrivaient aux épaules, répandus à perte de vue, en témoignaient. Les chênes étaient drus et avaient dépassé l'âge où ils étaient à la merci des rongeurs; [...]. Il me montra d'admirables bosquets de bouleaux qui dataient de cinq ans, c'est-à-dire de 1915, de l'époque où je combattais à Verdun (Giono, 1998: 9).

Además, los diez mil robles plantados en 1910 habían dado lugar al nacimiento de los primeros arroyos, junto a los que camina ahora sorprendido e ilusionado, el escritor: «... en redescendant par le village, je vis couler de l'eau dans des ruisseaux qui, de mémoire d'homme, avaient toujours été à sec» (Giono, 1998: 30). Con el regreso del agua se vuelve a restablecer el ciclo de la vida, y con ello, la esperanza: «C'était la plus formidable opération de réaction qu'il m'ait été donné de voir» (Giono, 1998: 30). El árbol atrae el agua y el agua hace resurgir la flora a su alrededor, esta vez de manera natural: «Le vent aussi dispersait certaines graines. En même temps que l'eau réapparut réapparaissaient les saules, les osiers, les prés, les jardins, les fleurs et une certaine raison de vivre» (Giono, 1998: 32). Los elementos básicos, esos que aportan la vida, surgen de nuevo: la tierra da sus frutos, el agua corre libre, incluso el aire se siente diferente: «Au lieu des bourrasques sèches et brutales qui m'accueillaient jadis, soufflait une brise souple chargée d'odeurs. Un bruit semblable à celui de l'eau venait des hauteurs: c'était celui du vent dans les forêts» (Giono, 1998: 47).

Pero la repoblación del bosque no solo va a traer consigo la reaparición del agua, la modificación de la brisa o de la tierra. La transformación del entorno natural implica también un cambio radical en los asentamientos humanos. Como si Giono tratara de decirnos que el hombre también forma parte indiscutible de esa vida que aflora por todas partes. Así, de la pequeña aldea que el escritor había encontrado en su primera visita, en 1913, ya no queda nada que se le pueda parecer. Recordemos aquí sus palabras:

En 1913, ce hameau de dix à douze maisons avait trois habitants. Ils étaient sauvages, se détestaient, vivaient de chasse au piège: à peu près dans l'état physique et moral de la préhistoire. Les orties dévoraient autour d'eux les maisons abandonnées. Leur condition était sans espoir. Il ne s'agissait pour eux que d'attendre la mort: situation qui ne prédisposait guère aux vertus (Giono, 1998: 46).

La transformación que ha sufrido ese espacio natural, gracias a la obra del pastor, ha convertido la aldea en «un endroit où l'on avait envie d'habiter» (Giono, 1998: 48).

On avait déblayé les ruines, abattu les pans de murs délabrés et reconstruit cinq maisons. Le hameau comptait désormais vingt-huit habitants dont quatre jeunes ménages. Les maisons neuves, crépies de frais, étaient entourés de jardins potagers où poussaient, mélangés mais alignés, les légumes et les fleurs, les choux et les rosiers, les poireaux et les gueules-de-loup, les céleris et les anémones (Giono, 1998: 48).

La colaboración así del hombre y la naturaleza aportan su fruto, con un mínimo de voluntad y esfuerzo se pueden aún salvar zonas áridas, e incluso desiertas. El hombre necesita de la naturaleza para vivir y la naturaleza necesita actualmente nuestra ayuda para poder restablecerse y ponerse de nuevo en marcha. El hombre, con la tala del bosque, resquebrajó un buen día ese ciclo natural, ese equilibrio que se necesita para que la vida se pueda mantener. Sería lógico entonces que fuese el hombre de nuevo el que luchara por restablecer la vida allí donde la ha perturbado o erradicado. Elzéard Bouffier es un buen ejemplo. La esperanza puede así renacer...

Conclusión

¿Cuáles son entonces los valores que se transmiten con la lectura de una obra como *L'homme qui plantait des arbres*? Nadie puede dudar que dichos valores son, ante todo, ecológicos y morales. Constituye por ello una excelente introducción a los diversos problemas ecológicos de nuestros días: la desertificación de las montañas, la silvicultura, el importante papel de los bosques en nuestro planeta, etc. Muestra además el lugar que ocupa el hombre dentro de la naturaleza, su actuación en la remodelación del paisaje, los efectos positivos o negativos que ello conlleva. La tarea emprendida por Elzéard Bouffier es metódica y contundente, y se desarrolla tan lentamente que la transformación del paisaje no provoca sorpresa alguna a su alrededor. Así «les chasseurs qui montaient dans les solitudes à la poursuite des lièvres ou des sangliers avaient bien constaté le foisonnement des petits arbres, mais ils l'avaient mis sur le compte des malices naturelles de la terre» (Giono, 1998: 32). Su trabajo permanece, de este modo, salvaguardado. ¿Quién sabe? Como dice el propio Giono quizás «si on l'avait soupçonné, on l'aurait contrarié» (Giono, 1998: 32). Elzéard Bouffier se convierte así en un héroe anónimo de lo cotidiano.

¿Cuál ha sido entonces su misión? Devolver el ciclo del agua. Devolver el color a un paisaje en el que apenas se apreciaba la vida. Con su esfuerzo ha conseguido replantar el bosque en las montañas y con ello atraer la lluvia. Esta lluvia que se filtra a través del suelo en el bosque, recarga los manantiales, forma los ríos. Y luego, río abajo, es el agua que bebemos, el agua que nos da vida, el agua que riega las

plantas, por lo tanto, el bosque es agua y el agua es vida, por eso decimos que ese binomio es fundamental: bosque y agua. Siempre los encontramos unidos. Como buenos vecinos, los árboles y el agua se entreyudan para prosperar. Solo tenemos que escuchar las historias de nuestros mayores. Sin dudas nos dirían algo así: «Cuando éramos pequeños había bosques y árboles por todos lados, y había también manantiales de agua que corrían desde las colinas hacia los ríos. Siempre hemos pensado que el agua de manantial era la más rica y saludable para saciar nuestra sed. Y un buen día, los árboles comenzaron a desaparecer. La gente se puso a talar árboles y no pensaron en volver a plantarlos. Los manantiales de agua fresca desaparecieron, y ahora tenemos escasez de agua». Los árboles son pues los guardianes del agua y los protectores de los manantiales. A medida que las raíces de un árbol se extienden, abren amplias vías para permitir el paso del agua. Las ramas y las hojas del árbol impiden que la lluvia llegue demasiado deprisa a la tierra. De este modo el suelo tiene más tiempo para absorber toda esa cantidad de agua. Además se derramará menos agua sobre la superficie, reduciendo así la erosión del terreno y el empobrecimiento e infertilidad de la tierra. Los árboles dan sombra evitando la evaporación del suelo y manteniendo una temperatura en varios grados inferior a las áreas deforestadas, y por tanto, un nivel de humedad superior. Cuando un bosque es destruido totalmente (para practicar agricultura o ganadería), o alterado parcialmente por la extracción forestal, sobre todo mecanizada, buena parte del agua de la lluvia se va inmediatamente ladera abajo, erosionando los suelos y arrastrando muchas veces gran cantidad de sedimentos, provocando pérdida de nutrientes, colmatación de los cursos de agua, inundaciones, asfixia de peces y otros organismos acuáticos, y otras catástrofes. Y cuando deja de llover unos días, la temperatura se eleva desmesuradamente porque no existe la cobertura vegetal que proteja el suelo de los rayos solares, disminuye la evapotranspiración y el nivel de humedad en la atmósfera, disminuyen las precipitaciones (también se ve alterada la condensación de la humedad en la atmósfera por la elevación de la temperatura), los valles se quedan sin agua y se originan los fenómenos de sequía que estamos comentando. Esto es muy importante cuando nos encontramos en regiones cálidas y secas.

Debemos pues plantar y proteger nuestros árboles para reducir al mínimo todos estos problemas. Es tan sencillo como decir que si protegemos los árboles estamos garantizando el suministro de agua a nuestra comunidad. Por eso, Giono nos recuerda que la existencia de los bosques resulta imprescindible para el ecosistema y para cada uno de nosotros. Sus méritos son de una magnitud sin parangón: el bosque proporciona oxígeno, retiene y atrae agua, combate la erosión y alberga y mantiene la diversidad biológica. Debemos pues reflexionar y sobre todo hacer reflexionar, gracias a las lecturas de estos textos, en la importancia del bosque. Me gustaría creer que la literatura puede contribuir, de esta manera, a la supervivencia del hombre y del plane-

ta, convirtiendo el entorno ambiental y la visión de la naturaleza en una nueva categoría para el análisis de textos. Gracias a autores como Jean Giono, (o como Henri Pourrat, Colette, Charles Ferdinand Ramuz, Maurice Chappaz, etc.) y realizando nuevas lecturas de textos ya estudiados pero interpretados desde un enfoque más ecológico, la literatura contribuiría así a divulgar los problemas medioambientales y a frenar el impacto que el hombre está dejando en la tierra.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- FLUCHÈRE, Henri (1980): «L'ami Jean», *Le Magazine Littéraire*, nº 162, dossier 19, spécial Jean Giono, p. 19.
- GIONO, Jean (1976): *Les Terrasses d'île d'Elbe*. París, Éditions Gallimard, Col. Beaux Papiers.
- GIONO, Jean (1953): *L'homme qui plantait des arbres*. París, Éditions Gallimard, Col. Folio Cadet, 1998.
- GLOTFELTY, Cheryll & Harold FROMM (1996): *The Ecocriticism Reader: Landmarks in Literary Ecology*. Athens (Georgia), University of Georgia Press.